

Las flores de mi madre

Consuelo Judith Díaz de León Ramos¹
SEGE
judithcdiazf@yahoo.com.mx

Crecí en un hermoso pueblo, en una casa de piedra con jardín inmenso, lleno de arboles frutales como guayaba, tamarindo, mandarina y naranja; con plantas y flores de todo tipo, teníamos algunos animales de granja como gallinas, borregos y cerdos; me encantaba cuando la gente tocaba para comprar huevos frescos y yo, corría extasiada a atenderlos. Teníamos una vaca y una yegua, el ver a mi madre ordeñar la leche fresca, blanca, calientita era una gran experiencia. Estrella, la yegua, era de un color café radiante y una mancha blanca en la frente. Me parecía fascinante pasar el día arriba de los arboles jugando con mis amigos, incluso con los imaginarios. Andaba descalza entre tierra y piedras; tenía perro, gato y un mayate verde brillante, era mi gran entretenimiento; me gustaban las serpientes y tarántulas, no existía el miedo a los bichos. Cuando llovía me encantaba salir a brincar en los charcos y arroyuelos.

Crecí con calma, caminaba a la escuela sin el resguardo continuo de mis padres, disfruté de un recreo lleno de juegos y conversatorios amenos con mis amigos, comprando de lonche un bolillo con chile en vinagre o galletas saladas con salsa, regresábamos a casa en grupo con el ansia de que llegara la tarde para salir a jugar, ya sea en la calle o sobre todo en mi jardín, el juego de las comiditas con hojas de arboles y lodo no podía faltar.

Pero era ella, mi madre, la encargada de mantener ese jardín lleno de vida, colorido y alegre.

Sin embargo, llegó el día de mudarnos a la ciudad, vivimos en casas más pequeñas, sin jardín, pero la constante siempre fueron las plantas, regalándonos vida y oxígeno. Ella tuvo que emigrar a otro país

¹ Licenciada en Administración de Empresas Turísticas, trabaja en Secretaria de Educación del Gobierno del Estado de San Luis Potosí. ORCID: 0009-0007-2799-9976

para cuidar de su madre y siguió manteniendo ese gusto por la vegetación.

Al pasar de los años, regresó y tuvo la oportunidad de tener su casa ideal, ya no en el pueblo, pero sí con un jardín grande donde tuvo árboles y muchas plantas.

Actualmente vivo con prisa y muchas veces me he perdido de momentos verdaderamente importante, dejé de ser esa niña que disfrutaba los instantes que conforman mi existir.

Me encuentro en un proceso de duelo, levantandome cada mañana con la esperanza de tener respuestas, pero vivo feliz pues recibí una gran herencia... las flores de mi madre.

La niña que fui nunca creyó ser cuidadora de plantas, sin embargo a la mujer que soy le ha gustado y ha disfrutado esta etapa. Son muchas, todas hermosas y diferentes (orquídeas, teresitas, alcatraz, malva, cebolla, perejil, corona de cristo, rosa, granada, fresa, antulio, árnica, lavanda, chiles, nopales, biznagas y otras más); estoy aprendiendo la manera de atenderlas y reconociendo como florece cada una de ellas. He descubierto flores en plantas que no creí que fueran capaces de florecer y eso me ha traído paz y certeza de que yo también puedo florecer; y junto a cada una me acompaña.



Foto: Las flores de mi madre:
Autora: Consuelo Judith Díaz de León Ramos